Pliegos 3.



HISTORIA VERDADERA

DE LA

LAMENTABLE DESTRUCCION

DE JERUSALEN,

Y TRISTE DESOLACION DEL PUEBLO JUDAICO,

sacada de los antiguos, y célebres Historiadores Josepho Judio, Eusebio, Tacito, Sueton, y otros que unanimes la refieren puntualmente.

CON LICENCIA.

Sevilla: por la Viuda de Vazquez y Compañia, donde se hallará: año de 1815.

7.

RESUMEN DE LA HISTORIA.

Tiempo de la destruccion de Jerusalen. Prenuncios lastimosos que precedieron á su ruina. Levantanse los Judios contra los Romanos, y viene Vespasiano contra ellos. Levantan á Vespasiano por Emperador, y queda haciendo la guerra á los Judios su hijo Tito. Matan á Vitelio, y le desquartizan por un Verdugo. Prosigue el cerco de Jerusalen Tito. Intenta Josepho Julio reducir á los Judios á que se entreguen, y furiosos le despiden una piedra con que le dexan medio muerto. Empiezan los cercados á padecer hambre. Cosas extrañas, y pestíferas que llegaron á comer. Robo de infantes para comer. Caso extraño, espantoso, y que horroriza, que executó una muger. Faltaron los infantes, y echan mano de las mugeres, y los viejos para comerlos. Número de los muertos en Jerusalen. Entran en la ciudad los Romanos, y hacen una grande carnicería. Incendio del Templo, y toda la ciudad. Cúmplese la Profecía de Christo quando lloró sobre Jerusalen. Motivos de esta ruina, y desolacion. ¿Qué se hicieron los Judios que cogieron cautivos los Romanos? Profecía de la destruccion de Jerusalen puntual, segun y como aconteció. Paralelo curioso de las circunstancias que intervinieron de parte de los Judios en la muerte de Christo, con la de los Romanos en la devastacion de la ciudad de Jerusalen.

TOdos los mas de los Autores convienen en que la devastacion de la ciudad de Jerusalen, y ruina de los Judios fue en castigo de su proterva obstinacion, y haber crucificado al Hijo de Dios, y Redentor del mundo: pena muy merecida por su horrible alevosía en haber dado muerte á su verdadero Mesías, su bienhechor, y que tantos beneficios hizo con ellos, y con sus antecesores desde que los sacó del cautiverio de Egypto. Aconteció esta desolacion lamentable en los tiempos que gobernaba la Iglesia el Pontífice San Lino, sucesor del Príncipe de los Apostoles San Pedro, que vino á ser por los años de Christo de setenta á setenta y ocho, siendo Vespasiano Empera-

dor del Imperio Romano, y sú hijo Tito Gobernador de los Cesareos Exércitos.

Acaecieron en los próximos tiempos de esta fatal ruina, grandes, y tristes prenuncios, los quales muchos seductores, y hombres malevolos procuraban disuadir al misero pueblo no hiciesen aprecio de ellos; porque los miraban casi todos exânimes y aterrados con algunos sucesos horribles, y lastimosos que iban aconteciendo. Vióse primeramente en aquel año inmediato á la destruccion de aquella gran Ciudad de Jerusalen, y desolacion de los Judios un Astro sobre la ciudad á manera de alfange, que les amenazaba el estrago funesto. En la Festividad de los Azymos, al dia 8 de Abril, á las nueve de la noche, se vió el Templo, y el Altar todo rodeado de tanta claridad, que allí parecia de dia; lo qual duró por espacio de media hora, lo que teniendolo los imperitos á buen anuncio, los versados en las Escrituras Sagradas eran de parecer contrario.

En esta misma Fiesta de los Azymos, viniendo el Pontífice de los Judios al Templo á hacer el sacrificio, y llevando consigo un Buey para inmolarle, al entrar en el Templo, se encontró en medio de él con un Cordero. Al mismo tiempo, la puerta oriental, é interior del Templo, que era por extremo grande y pesadísima, tanto que al tiempo de haberla de cerrar al anochecer, era preciso que concurriesen casi veinte hombres, despues á la noche á la hora de Sexta, se vió por todos abierta. Pocos dias despues de esta Fiesta, en el mes de Mayo, se dexó ver un Spectro grandísimo en figura de un demonio, que aterró á muchísima gente. Parecerá, dice el Historiador Eusebio, al Capítulo octavo, que lo que voy refiriendo es fabula, pero todo es referido, y escrito de los mismos Judios que lo vieron y padecieron.

Siguieronse á estos sucesos lamentables, y tristes muchas aflicciones de el Pueblo, que aterraron, y afligieron por extremo á todos los ciudadanos, y antes de ponerse el sol se vieron en la region del Ayre carros, y esquadrones, formados clara y distintamente de las nubes que rode-

aban la ciudad: presagio funesto del formidable cerco que les habian de poner á aquellos obstinados hombres los Exércitos Romanos. En la Fiesta de Pentecostés, yendo los Sacerdotes al Templo á sacrificar á la hora acostumbrada de la noche, fueron sumamente aterrados al entrar en él, porque oyeron una grande conmocion, ó temblor con un grande ruido, como que se venia á tierra todo el magnífico Edificio, y al mismo tiempo una voz horrible, y lamentable que decia: *Migremus hic*: huyamos de aquí, huyamos de aquí.

Pero lo que mas atemoriza es el suceso siguiente, que es de los mas extraños que se hallan, y se escriben en las Historias, el qual le refiere Josepho Judio, que vivia en aquellos tiempos; y este con Eusebio, y otros Historiadores antiguos, es el que nos da los principales materiales para la nuestra. Este Autor en su Tratado *de Bello Judaico, lib. 7, cap.* 12, dice, que siete años antes de la desolacion de Jerusalen, y quatro años antes de empezar la guerra de Judea, un rustico Hebreo, llamado *Jesus*, hijo de Anani, quando los Jerosolymitanos se juzgaban mas felices, y mas agenos de todo susto bélico, empezó un dia festivo de gran concurso á pronunciar estas voces en el Templo: *Voz del Oriente, voz del Occidente, voz de los quatro vientos, voz contra Jerusalen y contra el Templo, voz contra los nuevos maridos, y recien casados, voz contra todo este pueblo.*

Desde entonces continuamente dando vueltas por la Ciudad todos los dias, y noches, repetia el mismo lamentable presagio, con asombro de todo el mundo, y horrible temor y susto de los Ciudadanos. Quisieron atajarle las Justicias, pero sin fruto, porque, aunque mas de una vez le atormentaron con cruelísimos azotes hasta desnudarle los huesos, y ponerle el cuerpo todo hecho una llaga, ni despidió un gemido, ni soltó una lágrima, ni se le oyó una queja. Fija siempre la imaginacion en el destrozo público que pronosticaba, con olvido del dolor, privado entre los tormentos repetia aquellos funestos clamores: *Voz del Oriente, voz del Occidente, voz contra Jerusalen, &c.* Inter-

ponia tambien muchas veces esta exclamacion triste, y lamentable: *¡Ay de tí, Jerusalen! ¡Ay de tí, Jerusalen!* Reputado ya de todos por fatuo, prosiguió siempre de este modo.

Por último, movieron los Romanos la guerra. Llegó el caso de poner el sitio á la Capital Jerusalen. Entonces dando vueltas por el muro, gritaba diciendo: *¡Ay de la Ciudad! ¡Ay del Templo! ¡Ay del Pueblo!* Hasta que en fin se le oyó añadir á aquellos tres Ayes, otro Ay, que fue el último, de este modo: *¡Ay de la Ciudad! ¡Ay del Templo! ¡Ay del Pueblo!* y *¡Ay de mí!* ¡Cosa maravillosa! No bien habia acabado de decirlo, quando una gran piedra, disparada de una máquina bélica, dándole en la cabeza, le derribó muerto. Este suceso trae Josepho Judio, y le refiere tambien Eusebio, sacado de él en su Historia Eclesiástica, lib. 3, capítulo 8. Todo esto se tiene por verdadero; porque además de que Josepho, en lo que pudo averiguar por sí mismo, está reputado por Autor exâcto, y habia dentro de Roma, quando él escribió la Historia de la guerra Judáica, infinitos Judios que habian sido hechos esclavos en la toma de Jerusalen, á vista de los quales no referiria un suceso, de cuya falsedad le podian redarguir con evidencia: así tengo para mí, que quiso la Divina Piedad en la voz de aquel hombre hacer la última llamada á aquella casta rebelde y obstinada.

Estos y otros fueron los anuncios, y presagios que tuvo Jerusalen de su ruina y devastacion. El motivo de esta funesta tragedia, fue el haberse rebelado los Judios contra los Romanos, á quienes estaban sujetos: muchas veces se habian alzado; pero ya no pudiendo sufrir mas su osadía los Emperadores, enviaron al Capitan Vespasiano con un formidable Exército para sujetarlos. Estaba este Héroe en Judea en esta pendencia: tenia ya cercada la Ciudad de Jerusalen, quando fue exâltado al Trono de Emperador por muerte de Vitelio, á quien mataron los Romanos, pues fue muy malo, por lo que diré.

Gobernaba el Emperador Vitelio el Imperio, pero malamente, porque se entregó á

todo género de vicios. Fue cruelísimo, y gloton: pues aseguran muchos que en una cena se comió dos mil peces, y siete mil aves que le pusieron: pero si he de decir lo que siento, es mucha la exâgeracion de los Autores; y vengo bien en que comiese mucho, pero no tanto. Por sus muchos excesos empezó á ser aborrecido: de aquí tomaron tambien las Legiones del Oriente ocasion para levantarse, no queriendo ser menos que las demás en hacer Emperadores, y así lo executaron, y aclamaron Emperador con mas acierto, que los demás que antes de este habian levantado, pues fueron muy malos, y perversos, eligiendo á Vespasiano, Gobernador, y Capitan de Judea en Palestina. Luego que llegaron estas novedades á Roma, como estaban todos indignados contra Vitelio por sus vicios, maldades, y tiranias, le mataron. Era hijo de un zapatero de viejo; y de tal modo procedió, que quitó la vida á su propia madre cruelisimamente. Como indigno de la vida, y del Imperio, le desquartizó un Verdugo, no habiendo tenido el Cetro mas que ocho meses.

Tenia pues á este tiempo cercados á los Judios en Jerusalen Vespasiano, quando fue exâltado al Trono del Imperio Romano, y habiendo de pasar á Roma precisamente á tomar la Corona, y Gobierno, dexó á su hijo Tito prosiguiendo el cerco, que le continuó hasta hacer perecer, y acabar con los Judios, porque persistieron siempre muy tercos, y rebeldes. Murieron infinidad de ellos, así al filo del cuchillo, como á la hambre, y otras penurias, y miserias, sin distincion de personas, porque los poderosos, ya saliesen de la ciudad, ó ya permaneciesen en ella, de todas maneras llegaban á perecer; porque si salian, los mataban, y si se quedaban, era lo mismo, pues perecian. Los sediciosos, como no habia freno que los detuviese, andaban desbocados, y furiosos, haciendo muchos estragos, y crueldades; porque robaban y mataban sin conmiseracion alguna, como que no habia Justicias, que los suprimiese, y atajase sus excesos. Entraban en las casas desaforados, y sin piedad, y al que imaginaban tener ha-

beres, le robaban, y no contentos con esto, le mataban: mas al que hacia alguna resistencia, no queriendo declarar sus bienes, ó dineros, le atormentaban cruelmente, hasta que confesaba lo que tenia, ú ocultaba.

Con estos excesos llegó á un extremo muy grande la necesidad; porque el cerco era muy rigido, no dexando entrar comestible alguno en la Ciudad, ni permitir que alguno saliese de ella; porque lo mismo era asomar alguno á las murallas, que despedirle dardos, ó piedras con máquinas bélicas, que los mataban. Llegó á tanto la necesidad, que muchos, por no dexarse morir, daban quanto tenian, y preciosísimas alhajas, por porciones pequeñas de trigo, cebada, ó centeno, y otras legumbres. No se ponian entonces mesas para comer; porque los mas, ó todos comian el trigo, la cebada, y demás granos crudos, y á lo mas lo cocian para alimentarse. Ya no se encontraba trigo, centeno, ni cebada; y llegó á tanto el hambre, que el heno, y las aristas de los granos se vendian á precio subido.

En medio de tanta apretura estaban tan tercos los cercados, que no pensaban darse, queriendo antes morir que entregarse á los Romanos. Hallabase en compañia de Tito entonces el Historiador Josepho Judio; y moviéndole á lástima y compasion ver á los suyos en tanto conflicto, y aprieto, tomó á su cargo el persuadir á los Judios que se diesen, y aclamasen la clemencia de los Romanos; pero furiosos aquellos, le injuriaron por extremo con palabras muy ofensivas. Haciales esta persuasion muy inmediato á las murallas; y estando hablando con ellos, y persuadiendoles se sometiesen á la benignidad de Tito, vino una piedra con tanta velocidad, que le hirió gravemente, habiendole dexado casi muerto. Salieron al punto algunos Judios con ánimo de arrebatar con él para la Ciudad, y si vivia, quitarle la vida cruelmente: pero acudieron pronto algunos de los Romanos, que se le quitaron de las manos, y le llevaron consigo para curarle, de que sanó, y cogida la Ciudad, y finalizado el cerco, le llevó Tito á Roma. Tomaronle, así Ves-

pasiano, como su hijo, mucha aficion por su eloquencia, y erudicion, y le hicieron la gracia de honrarle con el título de Ciudadano Romano, habiendole dado algunos empleos honoríficos; y entonces escribió la Historia que vamos refiriendo.

Proseguia la escasez de víveres en la Ciudad: acabóse todo género de alimento; y empezaron á comer los cueros y baquetas de los cofres, sillas, y calzados. Ya esto se concluyó, y echaron mano de los perros, gatos, caballos, y demás animales, que todos vendian á subidísimo precio. No bastando esto, se dieron á cazar ratones y demás sabandijas, aunque ponzoñosas, las que vendian y comian como por mucho regalo; y esto los que tenian dinero, ó alhajas para comprarlas, que el que no, moria de hambre. Entonces murieron muchos Judios, así de los que comian, como de los que no comian; porque á estos la necesidad los acababa, y á aquellos el venenoso, y pestífero alimento los mataba.

Ya no habia de que echar mano para sustentarse aquellos míseros, é infelices, y empiezan á comerse los unos á los otros; andaban tropas de hombres rabiosos por las calles á pillage de otros hombres, y quien á quien vencian mas, se comian, y se mataban; las madres comian sus hijos, y á las que impedia el amor la execucion de tanta voracidad los dexaban, y escondian para no ser alimento de otros, y allí acababan la vida, á no ser que la misma inocencia daba voces, manifestándose á la crueldad para ser comidos. Ya el pillage no era sino de tiernos infantes, que se los arrancaban á las madres de sus pechos.

Aconteció entonces el caso mas horrible, y espantoso que se cuenta en las Historias, que da horror el referirlo. Hallábase una madre en los últimos extremos de perecer, ó morir por alimento: tenia un tierno infante á sus pechos, que con el susto, y tragedia que padecia aquella infelíz muger, era muy poco lo que le alimentaba, pues la leche era muy corta y muy inficionada con tantas angustias, y sustos. Viéndose morir miserablemente, por no encontrar el remedio á su necesidad, llegó á herirse con unas pin-

zas en su cuerpo; y con la sangre que salia de sus venas hacia plato para su sustento. Quando esta dexó ya de salir, chupaba las heridas que se habia hecho, por donde salia toda la sustancia que encerraban dentro de sí los tuetanos, y medulas de su miserable cuerpo.

Ya llegaron estas á no darla alimento alguno por mas que chupaba, y pasó á tal extremo, que ya se determinó á executar con su delicado hijo lo mismo: hirióle un dia una parte de su cuerpecito tierno, con cuya sangre se alimentaba por entonces: heriale otro en otra parte, y hacia manjar de ella para sustentarse: lloraba el inocente infante al rigor del tormento, y lloraba tambien la madre haciendose sorda á los clamores, y lágrimas de su hijo, siéndole forzoso no atender á su llanto, por remediar su miseria. Hecho ya el delicado niño un lamentable espectáculo, pues todo su cuerpo estaba hecho una criba de heridas, las chupaba la madre, atrayendo á su boca la sustancia toda de su cuerpecito delicado.

Todo esto no era nada respecto de lo que despues obró, que atemoriza el haberlo de referir, y faltan voces para haberlo de exâgerar. Estaba ya el tierno infante en los últimos términos de exhalar su espíritu, quando determinó la desalmada madre acabar del todo con él. Degollóle primeramente, para servirse de alguna otra sangre que tuviese, y arrojando la poca que le habia quedado, la sirvió por entonces de alimento. Vióse ya sin sangre que comer, y ya ciega, é inhumana, porque la misma necesidad la hacia ser cruel, pasó despues á hacerle trozos, que asandolos á las brasas, se los iba comiendo poco á poco. ¡O crueldad nunca oida! ¡O inhumanidad jamás vista.! A tanto llegó aquella fatal tragedia, y lamentable estrago.

Quando esta desdichada muger se estaba recreando con los trozos delicados de su infeliz hijo, pedazos de su mismo corazon, llegaron varios y feroces hombres, que andaban voraces y hambrientos de casa en casa robando los niños á las madres para devorarlos, y comerlos. Sabedores de que esta tenia un niño, entraron de tropel en su

casa con ánimo de robarsele. Encontraronla sin él, negando que ya no le tenia, y fingiendo que ya otros se le habian llevado. No lo quisieron creer, antes poniendola á qüestion de tormento, comenzaron luego á atormentarla cruelmente porque se le manifestase. Negaba afligida, dando alaridos y clamores, que se podian oir en toda la ciudad. No por eso desistian aquellos feroces hombres de atormentarla hasta que declarase donde le tenia; porque parece que estaban asegurados como le tenia escondido, y á la verdad era así, porque ya la mayor parte de él le tenia sepultado dentro de su cuerpo, haciendo sepulcro oculto al tierno infante el seno mismo de donde poco antes habia salido.

En fin, no pudiendo ya tolerar el martirio y los tormentos, que con ella executaban, temiendose que por último remate, si no confesaba, la matarian, dixo que la dexasen, que ella daria razon donde le tenia. Soltaronla de la tortura, y apartándose á una parte retirada, donde tenia una arca, sacóles de ella un trozo solo del infante que le habia quedado: y convidándoles con él, les decia: *Aquí teneis parte de mi hijo: no me ha quedado mas de su cuerpo, pues lo demas me ha servido de alimento á mi miseria. Ea, llevadle, que yo ya he comido lo bastante.* Al oir aquellos esforzados hombres semejantes palabras, se quedaron como pasmados; y sin hablar cosa alguna, ni tomar lo que les daba, salieron atonitos, y admirados de tan cruel hecho. Caso singular, y que no es posible se lea otro en los Anales del mundo por el término, á no ocurrir otra tragedia y cerco tan riguroso como este de Jerusalen.

Ya la necesidad, y la hambre iban caminando á los últimos extremos; porque los robadores no encontraban en las casas sino cadaveres, de los quales echaban mano para alimentarse, y los que ya estaban hediondos los echaban, y arrojaban en los pozos. Los enfermos se morian de necesidad, y de sus males, por no tener quien les asistiese, y á los mas mataba la gente desaforada, y hambrienta para comerlos. Andaban ya todos como perros rabiosos por las calles, haciendose

cruel carnicería los unos con los otros, qual á qual se podian comer. Todos andaban en quadrillas, y á la que veían mas flaca, y minorada, acometian á ella hasta devorarlos, y comerlos. El que andaba solo corria mucho riesgo: las mugeres eran las que mas peligraban, si no se agregaban á una superior quadrilla, y á las que encontraban solas en sus casas, luego las hacian quartos, que repartian para saciar su hambre. Los ancianos, y miserables viejos no eran respetados de ninguno: pues sin la menor mira de veneracion á sus canas, los degollaban pronto, y se los comian rabiosos.

Todo era un alarido triste, y melancólico el que se oía. Las calles, plazas, y las casas estaban ya llenas de cadaveres; y era tanto el fetor, qué los vivos se abstenian de correrlas, y andarlas, por no morir antes al asco, y hediondez que expelian. Determinaron los mas alentados barrerlas de los muertos, y arrojarlos en los fosos de las murallas. Tantos eran, que al verlo Tito, lloró compasivo, y exclamando al Cielo, dixo: *Bien sabeis, Dioses, que de tanto estrago no he sido yo autor, sino la temeridad, y pertinacia de estos hombres.* Por último, toda la ciudad era un clamor funesto en los pocos que habian quedado, y no pudiendo ya hacer resistencia por lo exânimes que se hallaban, rompieron, y entraron los cercadores furiosos con espada en mano, asolándolo todo, y pasando á cuchillo á todos los que encontraban.

Fue muchísima la multitud de Judios que entonces murieron en aquella grande, y dilatada ciudad de Jerusalen: pues dice Josepho, Tacito, y Sueton (que son de quienes mas me he valido para esta Historia, con otros muchos) que llegaron hasta seiscientos mil hombres, múgeres, y niños los que murieron al hambre, y al cuchillo: y añaden que cien mil fueron vendidos por esclavos. Los que encontraban de buena disposicion de cuerpo, los reservaban en las cárceles para llevarlos á Roma, y que sirviesen al triunfo en la Entrada de Tito. Otros muchos destinaron para que fuesen espectáculo triste, y lamentable de los teatros, donde eran miserablemente despedazados, y comidos. A

los jóvenes que no tenian mas que quince á diez y siete años los vendieron cautivos á los Egypcios, y otras Naciones.

Mandó Tito á los soldados, que todo lo desolasen y arruinasen, hasta no dexar casa con casa, ni edificio con edificio, y en fin piedra sobre piedra, con que se cumplió lo que Christo ya habia profetizado á aquella desgraciada ciudad, quando lloró sobre ella, pronosticándola su ruina, y desolacion. Solo puso el precepto Tito, que no llegasen al templo, y que le dexasen intacto: pero un atrevido soldado le puso fuego, y en breves horas fue reducido á cenizas, que comunicándose despues á toda la ciudad, la dexó brevemente asolada, y por tierra.

Como los Romanos estaban rabiosos, por su grande terquedad, por no haberse querido dar los Judios, no se hallaba en ellos el menor rastro de conmiseracion, y humanidad; y así á ninguno perdonaban del cuchillo. Dirigieron principalmente su crueldad á los Sacerdotes, como Cabezas, Factores, y Magnates de tanta obstinacion, y terquedad. Mas pidiendo los Sacerdotes misericordia, mandóse por género de alivio, y favor que fuesen prontamente muertos, y no cruelmente destrozados, como merecian; porque decian no ser decente, que habiendo perecido el Templo, quedasen vivos los Sacerdotes. Mataron hasta diez Rabinos, ó Maestros, á los quales veneran por Martires los Judios. Fueron estos Rabb-Simeon ben Gamaliel, Rabb-Ismael ben Elisei, Rabb-Hamina ben Tedarion, Rabb-Husiphith, Rabb-Eliazar ben Samaa, Rabb-Judea ben Dama, Rabb-Isback Scribam, Rabb-Juda ben Hachinas, Rabb-Judea ben Baba, y el décimo Rabb-Akiba Barcozba, quien, segun dicen algunos, se habia levantado por Rey, y fue tan inhumano contra los Cristianos, que haciendoles parecer en su Tribunal, los impelia á negar á Jesu-Christo, y á blasfemar de él, como lo dice Justino Martir en su Apologia.

Esta fue la lamentable devastacion de Jerusalen, y de todo el pueblo Judáico; pues desde entonces quedó asolada aquella Republica, sin que despues acá haya podido unirse. Todos, como vemos,

andan dispersos, y derramados por el mundo, padeciendo en pena de su pecado un castigo bien merecido. Dexanse ver aborrecidos de todos, despreciados de todos, como gente vilísima, arrojados ignominiosamente ya de esta Region, ya de aquella, gravados de grandes tributos, y exâcciones, y ceñida su libertad con severísimas leyes, donde son consentidos. Y esto ¿porqué? ¿Quál habrá sido el motivo? No se descubre otro que aquel enorme delito, el mas execrable que han cometido los hombres, que fue haber dado muerte á su Dios. á su Benefactor, y á su Criador.

Castigos, y grandes obró Dios con los Judios antes de venir al mundo; pero ninguno como este, que se cuenta por siglos. Fueron cautivos varias veces, mas despues de algunos años volvieron á reunirse en su misma patria: pero ahora se desunieron del todo, sin haber podido formar siquiera alguna pequeña República despues de diez y siete siglos, y mas. Para ofuscar este claro, y patente manifiesto, han querido algunos de los mismos Judios contradecir esto, fingiendo Pueblos, y República que no ha habido, ni hay; pues lo cierto es que no se encuentra en el mundo pueblo alguno que se pueda decir de Hebreos, ó Judios, porque los que hay en varios paises siempre son poquísimos respecto del todo; y que sean pocos, ó muchos, nunca dexan de ser considerados como forasteros.

Estémos, que segun el parecer de muchos Doctos, es error el no creer, que no exîsten hoy en parte alguna del Orbe Judios algunos, como pueblos libres, ó como Nacion, esto es, que compongan como las demás Naciones República alguna con Cabeza, Rey ó Emperador que los gobierne; porque los sueños que muchos de los Judios han inventado sobre este asunto, son dirigidos únicamente á hacer creer, y engañar á los Judios mentecatos, y simples. Muchos de los mismos Hebreos, como llevo dicho, han pretendido persuadirles, que los Judios tienen Rey propio, ya en el Asia, ya en la Africa, y ya en la América. Pero todos están plenamente convencidos de que sus dichos, y propuestas son quimeras,

engaños, patrañas, y embustes por varios, y célebres Autores que lo tienen bien mirado, y registrado, que no llevan otro fin estos falsos Hebreos, que así lo aseguran, que engañar á los incautos, y sencillos Judios, para que permanezcan en su proterva obstinacion.

Y sobre todo, debemos asegurarnos, y estar firmes, que aunque en todas partes está introducida la peste Judáica, ó ya sea oculta, ó ya manifiesta: pero en todas están verificando el vaticinio del Profeta Oseas, donde expresamente dice: *Que vivirá esta obstinada canalla sin Rey, sin Príncipe, sin Pueblo, ó Monarquía unida, sin Sacrificio, y sin Altar.* Asi permanecen mas ha de diez y siete siglos, viviendo en la mas miserable opresion que hasta ahora padeció gente alguna. Por lo qué, así como una calamidad tan larga, y tan funesta es tan particular á los Judios, que no se halla exemplar en alguna otra Nacion, así es preciso discurrir, que interviene en ella de parte de la Providencia, respecto de los Judios, algun motivo particular; ¿y quál puede ser este motivo particular, sino un delito tan particular á los Judios, que no cayó jamás en otra alguna gente: esto es, haber quitado la vida al Autor de ella, y dado muerte afrentosa á Jesu-Christo, Redentor nuestro?

Esta eficacísima urgencia que se hace á esta perversa canalla, hace mucha mas fuerza, observando la diferentísima conducta que Dios tuvo en castigar á los Judios antes y despues de la venida del Redentor del mundo. Antes de ella habia idolatrado varias veces el Pueblo Hebreo; y siendo el crimen de la Idolatria tan horrible, se contentaba Dios entonces con castigos pasageros, esto es, que duraban poco tiempo; pasado el qual, á los azotes sucedian los halagos. Esto consta de varios lugares de la Escritura Sagrada. Vino el Redentor, y poco despues de su muerte sucedió la ruina de Jerusalen, y estrago lamentable de los Judios, á que se siguió la dispersion y opresion de esta infame gente, la qual lleva ya diez y siete siglos bien cumplidos de duracion. ¿Qué es esto? Antes duraba el castigo por dias, ó quando

mas; por años, ¿y ahora por los siglos? ¿Mudó Dios de genio? No lo dirán los Judios, pues le confiesan el atributo de la Inmutabilidad. ¿Cayeron estos en alguna nueva Idolatría, que por ser mucho mas torpe que todas las anteriores, mereciese á Dios mas severa indignacion? No por cierto, como vereis.

Bien léjos de esto, desde que vino el Redentor del mundo hasta ahora consta, que no idolatró mas la gente Hebrea, antes bien, á costa de mucha sangre suya resistieron los Judios, únicos en esto entre todas las Naciones, conceder al Emperador Cayo el título que pretendia de *Divino*; y antes por no consentir cosa que contuviese la mas leve apariencia de Idolo, derribaron, é hicieron pedazos la Aguila de oro que Herodes habia colocado en la puerta mayor del Templo. Pues ¿cómo Dios, tan moderado antes en castigar la idolatría de los Judios, y hoy que tan constantes están en su Ley de Moysés, los trata con tanta severidad? A la vista está la causa. Castigólos antes por el delito de la idolatría; pero ahora por otro delito mayor, y mas enorme que el de la idolatría: por la muerte que dieron al Santo de los Santos, al Hijo de Dios, y tan Dios como su Padre. Baste ya de demostrar los motivos por que los Judios padecieron tantos estragos en la ruina de Jerusalen, y por que aun padecen, y padecerán tantas calamidades por el mundo; y pasemos á manifestar la adecuada, y puntual correspondencia de la devastacion de aquella desdichada ciudad, executada por los Romanos con la prediccion de Jesu-Christo, Señor nuestro, que hizo de ella, y se halla estampado al capítulo 19 del Evangelista San Lucas por las siguientes palabras.

Dice, pues el Sagrado Cronista en nombre de Christo: *Vendrán sobre tí, Jerusalen, unos dias tan funestos, que tus enemigos te circundarán, haciéndote un cerco tan riguroso, que te pondrán en la mayor estrechez; de suerte que por ninguna parte puedas buscar el alivio, ni el socorro. Destruiránte del todo, y todos tus hijos morirán arruinados: no dexarán piedra sobre piedra en tus edificios; y todo en castigo de que no quisistes apro-*

vecharte de tu Dios, que te vino á visitar.

En estas pocas líneas se expresan con mas ajustada puntualidad el motivo que hubo de parte de Dios, para decretar la destruccion de la ciudad de Jerusalen; el medio que para conseguirla tuvieron los Romanos; últimamente, la total ruina de aquella infeliz ciudad. El motivo de parte de Dios, fue la incredulidad de los Judios, y el haber dado la muerte tan cruel, y afrentosa á su mas amado Hijo Jesu-Christo Señor nuestro: *Porque no quisistes aprovecharte de tu Dios, que te vino á visitar.* El medio de parte de los Romanos, fue aquel gran número de treinta y nueve estadios de circuito, que corresponden á mas de legua y media de las Españolas, segun refiere Josepho Judio en los lugares que ya llevamos referidos, con que se estorbaron las furiosas irrupciones de la guarnicion, y la introduccion de todo género de víveres, por lo que padecieron tan estrecha miseria, y tantas calamidades, como hemos visto.

Harán un cerco tan riguroso, que te pondrán en la mayor estrechez; de suerte que por ninguna parte puedas buscar el alivio, y el socorro.

Finalmente, la entera destruccion, y asolacion de aquella gran ciudad de Jerusalen, que empezó por el incendio dé su magnífico Templo, cuyo fuego puso un atrevido y osado soldado, de allí pasó á la inferior parte de la ciudad, y últimamente, à la superior, se verificó por estas voces: *Te destruiràn del todo: y no dexarán piedra sobre piedra en tus edificios.* Así fue, asi se cumplió pues todo quedó asolado por tierra: y hay un Autor que dice, que de tantas casas, y edificios como habia en aquella vastísima ciudad, no quedó uno que no fuese arruinado del todo; solo la casa del Cenáculo, donde Jesu-Christo obró tantas maravillas con los Apóstoles, y Discípulos para utilidad de los hombres, dice que quedó no del todo arruinada, para que se manifestase mas claramente quien era el Autor de tanto

estrago, tan merecido de gente tan proterva, y malvada.

Concluyamos ya esta funesta y lamentable Historia con un bello paralelo, que hace el Venerable Padre Señeri en el segundo tomo del *Incredulo sin excusa*, al capítulo 14, número 12, de las circunstancias que intervinieron de parte de los Judios en la muerte de nuestro Redentor Jesu-Christo, con las quales ordenó la Divina Providencia la destruccion de la Nacion Judàica, en que se hace palpable, que fue pena de aquel enormísimo delito, que por ser tan singular y digna de saberse de los Católicos, hallo por útil, y provechoso el referirla aquí con las mismas palabras.

"Si el temor, dice „este venerable Autor, „de las Armas Romanas fue el consejero „de la muerte dada à „Jesus, el furor de las „Armas Romanas fue „el verdugo castigador de esa muerte.

„Si los Judios le „compraron la vida „del Redentor al impio Judas por treinta reales, aprecian-

„dole con esto menos
„que á un vil jumen-
„to; los soldados de
„la rendicion, y del
„saquéo de Jerusalen
„tuvieron en tan po-
„co á los Judios, que
„no sabiendo qué ha-
„cerse de ellos, daban
„à treinta Judios por
„solo un real, que no
„llegarà á equivaler
„á la piel del mismo
„jumento desollado.
„Si los Judios lle-
„varon á Christo nues-
„tro Señor, por las
„calles públicas de Je-
„rusalen, con las ma-
„nos atadas atràs de
„las espaldas, como à
„reo de gravísimos,
„y enormísimos deli-
„tos: si le azotaron
„atado y desnudo à
„la columna cruelisi-
„mamente, los Ro-
„manos arrastraron
„como aquellos mal-
„vados lo habian he-
„cho con Jesus, por las
„calles públicas de Je-
„rusalen á los mas ve-
„nerables de aquella
„detestada Nacion con
„las manos tambien
„atadas detrás de las
„espaldas, á unos con
„cordeles, y à otros
„con cadenas, como
„lo habian executado
„tambien aquellos per-
„versos hombres con
„nuestro Redentor. Y
„si los Judios azota-
„ron al Salvador del

„mundo en la ciudad
„de Jerusalen, tam-
„bien los Romanos a-
„zotaron desnudos a-
„quellos venerables
„de la Nacion Judáica
„en las plazas públi-
„cas de la misma ciu-
„dad, hasta hacerlos
„morir al cruel tor-
„mento de los golpes,
„como despues lo llo-
„ró (sin entender la
„causa) Philon He-
„bréo, mas docto pa-
„ra el bien de otros,
„que para el suyo.

„Si los Judios cru-
„cificaron à Christo,
„Salvador del mundo,
„sobre el monte Cal-
„vario, los Romanos
„les pusieron, y mu-
„daron à los Judios
„en otros tantos Cal-
„varios, colocándolos
„crucificados en todos
„los collados circun-
„vecinos, hasta faltar
„selva de que sacar
„maderas para formar
„patíbulos, y suelo ó
„terreno sobre que
„plantarlos."

Esta expresion del Padre Señeri es copia de Josepho Judio, el qual, en el libro sexto de la Guerra Judáica, al capítulo doce dice: *Et propter multitudinem jam spatium crucibus deerat, & corporibus cruces:* que quiere decir: *Tanta era la multitud de*

los Judios crucificados que pusieron en los collados los Romanos, en la lamentable ruina de Jerusalen, que faltó espacio de tierra para las cruces, y cruces para los cuerpos.

"Y finalmente, si „los Judios en el tiempo de la Pascua, cometieron su horrible „Deicidio, los Romanos en el tiempo de „la Pascua, sitiaron la „ciudad de Jerusalen, „en que fue cometido; „esto es, en el tiempo que recogida de „todos los contornos „para la Fiesta de los „Azymos la malvada „gente, se puede creer „que facilmente llegaria à quatro millones; „pues el número solo „de los purificados, „segun la Ley, le calculó el Historiador „Josepho en dos millones y setecientas „mil personas. De „suerte que como el „cazador no determina á tirar la red mientras la tropa de páxaros que aguarda „no està muy espesa; „así parece, que la „Divina Justicia no „cuidó de dar el último ataque á la impia „ciudad hasta que la „miró colmada de habitadores.„ Esta es

la Historia funesta, y lamentable de la Destruccion, y ruina de la ciudad de Jerusalen con todos los Judios, en pena de sus horribles delitos, como haber quitado la vida á cruelísimos tormentos à nuestro Dios, y Señor Jesu-Christo, Redentor del mundo.

FIN.

la Historia funesta, y lamentable de la Destruccion, y ruina de la ciudad de Jerusalen con todos los Judios, en pena de sus horribles delitos, como haber quitado la vida á cruelissimos tormentos á mesmo Dios, y Señor Jesu-Christo, Redentor del mundo.

FIN.